

NOTAS SOBRE ALGUNOS ASPECTOS POLITICOS DEL DOCTOR JIVAGO

MANUEL MALDONADO DENIS*

LA limitación de un tratado filosófico o científico acerca de la política consiste precisamente en que la abstracción y la universalidad que caracterizan al concepto muchas veces impiden la visión de lo único e individual. En este sentido la novela como obra de arte puede complementar nuestra miopía y darnos una visión rica en atisbos de cómo es que verdaderamente acontece la realidad política, al mismo tiempo que apunta a aquellos problemas universales que son la base misma de la filosofía política.

El autor de una novela con significado político nos presenta un conjunto de actores envueltos en el quehacer cotidiano, circundados por un mundo físico y cultural y viviendo en una determinada época. La dramaticidad de la novela consiste en la presentación que él nos hace de un grupo de individuos que bregan con esa realidad, que responden a ella de una manera determinada, y que forjan su vida en contacto con ella. Cada uno de estos personajes a su vez verbaliza o articula su forma de concebir la realidad, ya sea en forma sencilla o lugar común, superficial o profunda. Si la novela como tal traba a sus personajes en una realidad problemática de índole social o política, el resultado es una serie de puntos de vista sobre esa realidad—un conjunto de teorías.

Los personajes de una novela, sin embargo, hacen algo más que teorizar. Sus vidas están limitadas por un conjunto de instituciones que operan como condiciones objetivas en la vida de cada uno de ellos. En la lucha del individuo contra las instituciones que él siente que le oprimen o, por el contrario, que le son afines, se nos presenta el problema entre la libertad y el conformismo, entre el individuo y la autoridad.

Las instituciones no son descritas en una novela como en un texto de sociología o de ciencia política. La novela nos da una visión de las instituciones a través de individuos que las simbolizan—el burócrata grosero, el soldado autoritario, el político audaz, etc. No intenta, por lo tanto, describir en qué forma se articulan las diversas estructuras

* Instructor de Ciencia Política de la Universidad de Puerto Rico y Director de la Revista de Ciencias Sociales.

que llamamos instituciones; ni pretende una explicación de la génesis de éstas ni de las condiciones objetivas necesarias para su sobrevivencia. Estas instituciones, que condicionan la manera de ver el mundo de los distintos personajes de la novela, están en una constante interacción con las ideas lucubradas por éstos; ya sea cuando sus ideas tienen como propósito derrocar las instituciones, o cuando intentan conservarlas.

El tercer problema de carácter político que puede plantear una novela, además del de la relación entre las ideas y las instituciones, es el problema del destino del hombre y la historia. Las grandes novelas generalmente nos presentan unos personajes envueltos en una madeja que les ata cada día más, sin que ellos puedan hacer nada por evitar el desenlace final. Es aquí donde se ilustra más claramente el elemento trágico que caracteriza a las grandes novelas, y que nos plantea con gran dramatismo el carácter de la libertad y su relación con la vida histórica de un personaje. ¿Hasta qué punto es el hombre un mero instrumento del destino? ¿Puede él dominar a la fortuna, como alegaba Maquiavelo cuando caracterizaba a ésta como una mujer que podía ser dominada por la fuerza para que obedeciera al hombre? Este tercer problema de implicaciones políticas y morales es esencial a la trabazón política de una novela.

Tornemos ahora nuestra atención a la novela de Pasternak, no olvidando los otros problemas básicos de filosofía política que señalé anteriormente.

I

Yurii Alexandreivich Jivago nació y se crió en una época de crisis. Su madre murió siendo él muy niño, y su padre —un libertino— se suicidó saltando de un tren en marcha. Él fue a vivir a casa de Alexander Alexandrovich Gromeko, un profesor de Química, y su esposa Anna Ivanovna. Más tarde, y en respuesta a las súplicas de Anna Ivanovna en su lecho de muerte, casó con su hija Antonia Alexandrovna Gromeko (Tonia). Yurii estudió medicina mientras se hospedaba en casa de los Gromeko, y su afición por la literatura se manifestó desde muy joven.

Jivago fue influido por las ideas de Nikolai Nilaeivich Vedeniapin (el tío Kolia), cuya concepción de la historia se basaba en su interpretación del cristianismo. El tío Kolia veía la historia como un mundo aparte, hecho por el hombre con la ayuda del tiempo y de la memoria en respuesta al reto de la muerte. Más tarde, Nikolai Nikolaevich cambió de ideas y se convirtió en un marxista, pero antes de acontecer este cambio solía decir:

Yo creo que si la bestia que duerme en el hombre pudiese ser dominada por amenazas —cualquier clase de amenaza, ya sea de presidio o de retribución después de la muerte— entonces el emblema supremo de la humanidad sería el domador de leones en el circo con el látigo, no el profeta que se sacrificó a sí mismo. Pero no ve usted, éste es precisamente el punto —que lo que ha levantado al hombre por sobre la bestia a través de los siglos no ha sido el garrote sino una música que le viene de dentro: el poder irresistible de la verdad desarmada, la atracción poderosa de su ejemplo. Siempre se ha asumido que la cosa más importante de las escrituras son las máximas éticas y los mandamientos. Pero para mí la cosa más importante es que Cristo habla en parábolas tomadas de la vida, que Él explica la verdad en términos de la realidad cotidiana. La idea que está subyacente es que la comunión entre los mortales es inmortal, y que toda la vida es simbólica porque tiene sentido.

Según el tío Kolia, lo que distingue al hombre del animal es su búsqueda incesante de la verdad-verdad que sólo puede encontrar en Cristo, el Salvador capaz de dar sentido a su vida. Todo ello implica respeto por el hombre como tal, puesto que él está hecho a imagen y semejanza de Dios. Para Nikolai Nikolaevich el Cristianismo marcaba el advenimiento supremo de la individualidad del hombre: de su personalidad. “Lo gregario”, nos dice en una ocasión, “es siempre el refugio de las mediocridades, no importa que juren por Soloviev o Kant o Marx. Sólo los individuos persiguen la verdad, y evaden a aquellos cuya única ocupación no es buscar la verdad”. De acuerdo con él, las Sagradas Escrituras nos proveen un equipo espiritual sin par: el amor al prójimo, la idea de la libre personalidad y la idea de la vida como sacrificio.

Esta concepción del hombre y su relación con Dios necesariamente tiene implicaciones de carácter político. Si el valor supremo es el individuo, ello quiere decir que las instituciones políticas existen para servir al hombre y no a la inversa. El tribunal supremo del individuo es su conciencia, y de sus actos en la tierra él es responsable sólo ante Dios en última instancia, que es el Juez de todos los jueces. Su preocupación primordial es la esfera de lo religioso más bien que el reino de lo político. La diferencia esencial entre el hombre y el animal radica en el hecho de que aquél, por ser hecho a imagen y semejanza de Dios, encuentra la verdad en Cristo; mientras que éste carece de la potencia intelectual para recibir la iluminación de “la verdad desarmada”. Con el hombre no basta con esgrimir el garrote, porque sería reducirlo a un nivel de animalidad. Ello implica que el fenómeno po-

lítico crucial: la relación de mando y obediencia o lo que es igual, el poder político, no puede depender exclusivamente de la fuerza bruta. El hombre es radicalmente libre, y aun cuando pueda ser obligado a actuar en contra de su voluntad, hay siempre un último reducto que permanece impenetrable: su conciencia. De acuerdo con la creencia cristiana, sólo Dios sabe sus designios.

Al pasar de los años, sin embargo, Nikolai Nikolaevich se convirtió al Marxismo. El cambio en su concepción del mundo se entiende mejor si le escuchamos mientras discute la Revolución Bolchevique:

Por siglos la masa del pueblo ha vivido vidas imposibles. Tome usted cualquier libro de texto de historia. No importa como se llama—feudalismo y servidumbre o capitalismo y trabajadores industriales, todo ello es antinatural o injusto. Esto se ha sabido por mucho tiempo, y el mundo se ha ido preparando para un alzamiento que traería la Ilustración al pueblo y pondría cada cosa en su sitio. Usted sabe muy bien que es bastante inútil remendar la vieja estructura, usted tiene que cavar hasta llegar a los cimientos. Yo no digo que el edificio completo no pueda derrumbarse como resultado. ¿Y qué? El hecho de que sea aterrador no quiere decir que no vaya a suceder. Es sólo cuestión de tiempo, ¿cómo puede usted disputarlo?

He aquí una visión distinta a la anterior. Nótese el optimismo basado en que la revolución pondrá cada cosa en su sitio y traerá la Ilustración. Es como si pudiésemos aplicar una teoría "more geométrico" a la realidad social con toda su complejidad sin necesidad de modificarla en lo más mínimo. Una concepción como esta parte de la base de que la naturaleza humana es infinitamente maleable y que las instituciones—no importa cuánto tiempo lleven existiendo—pueden ser barridas por completo de forma tal que el nuevo régimen pueda comenzar con una bandeja limpia. El espíritu revolucionario reside en la creencia de que el hombre y las instituciones son capaces de una perfectibilidad infinita. Es por lo tanto indispensable arrasar con todo lo tradicional, y si las consecuencias son dolorosas pues, ¿que le vamos a hacer? Es el precio que hay que pagar por el progreso.

Presentar al Marxismo y al Cristianismo como polos ideológicos radicalmente opuestos, según hemos hecho aquí, es muy común hoy en día debido a la situación internacional. No obstante, hay ocasiones en que los extremos se juntan, y esto acontece en algunos aspectos del Cristianismo y el Marxismo. Tanto aquél como éste difieren radicalmente en su concepción del hombre. Para el Cristianismo, el hombre

no puede nunca librarse de la mancha del pecado original. El es constitutivamente imperfecto en comparación con Dios, y su mayor pecado fue, y sigue siendo, la soberbia: el querer llegar a ser Dios. El Marxismo toma como punto de partida una concepción distinta del ser humano: el hombre es esencialmente bueno y es corrompido y enajenado por instituciones defectuosas. Es forzoso que esa enajenación a que está condenado por el sistema institucional sea dejada atrás en la reconstrucción de la sociedad, pero ello sólo puede lograrse mediante una revolución de las clases oprimidas. En este sentido, el Marxismo es colectivista, pues los actores históricos son las clases sociales y no los individuos. Pero —y he aquí su similitud con el individualismo cristiano— una vez que se realice la revolución el hombre será por primera vez auténticamente libre, y “la dominación del hombre sobre el hombre cederá su lugar a la administración de las cosas”. El Marxismo, al igual que el Cristianismo, es apocalíptico, pero con la diferencia fundamental de que mientras aquél cree posible la consecución del milenio aquí en la tierra, éste sólo lo concibe en un mundo ultraterreno.

A mi entender, estos dos sistemas de ideas: Cristianismo y Marxismo, son las dos ideologías que están en pugna en la novela, aunque más adelante veremos las implicaciones conservadoras de la interpretación histórica de uno de sus personajes: Larisa Feodorovna. Las consecuencias políticas de la ideología comunista y su interacción con las instituciones tradicionales de Rusia, reciben mayor atención en *Dr. Jivago*. Quizás ello se deba a que al triunfar el Marxismo sobre el Cristianismo en Rusia, el impacto de aquél sobre las instituciones tradicionales fue mucho mayor que el de éste, que pretendía conservarlas.

II

El problema del cambio social y político es ilustrado claramente por las palabras de la amante del Dr. Jivago, Larisa Feodorovna Guishar (Lara), a propósito de la Revolución:

Todas las costumbres y tradiciones, toda nuestra forma de vida, todo lo que tiene que ver con el hogar y el orden, se ha desmoronado en polvo en el alzamiento general y la reorganización de la sociedad. La forma de vida humana toda se ha destruido y arruinado. Todo lo que queda es el alma humana desnuda, desprovista hasta del último harapo, para la cual nada ha cambiado porque siempre estaba fría y temblorosa y alargando su

mano a su prójimo más cercano, tan frío y tan solitario como ella. Tú y yo somos como Adán y Eva, las dos primeras personas en la tierra que al principio del mundo no tenían nada con qué cubrirse, y ahora al final de él estamos igualmente desnudos y sin hogar.

Este pasaje de profundo sentido simbólico ilustra los efectos de la revolución. Los usos, costumbres y tradiciones son para el hombre como una "segunda naturaleza", tan indispensable para su bienestar como la existencia del mundo físico. Estas costumbres y usos dan cierta estabilidad a su conducta y su existencia es para él tan objetiva como la roca con que tropieza en el camino. La moral, la ley y el orden contribuyen a dar legitimidad a las instituciones tradicionales y son a su vez parte de este mundo artificial creado por los hombres. De ahí que cuando esta "sobrenaturaleza" es destruida sin que se le provea una sustituta, el hombre se encuentra con que sólo le queda su naturaleza original. Desprovisto del mundo artificial que él mismo ha erigido y que le provee cierta garantía de estabilidad, el hombre se siente como en el estado original de la naturaleza —de ahí el sentimiento de desnudez y soledad que expresa Larisa. Soledad y desnudez—el retorno a los tiempos de Adán y Eva después de la caída—, todo ello sirve para expresar metafóricamente que el mundo estable de la costumbre y de la tradición se ha desintegrado, y que la ley y el orden que le acompaña brillan por su ausencia. Como ha dicho Ortega el hombre no es nunca un primer Adán—contrario al tigre que es siempre un primer tigre—, porque él tiene algo que le es carente al animal: el hombre tiene historia. En el pasaje citado, cortar la continuidad de la historia abruptamente conlleva que éste retorne al estado animal; como el tigre, el hombre es ahora un primero. De ahí su sentimiento de frío, soledad, naufragio y desnudez.

Otra parte de la novela que ilustra los efectos de la revolución con claridad meridiana es aquella en donde Lara contrasta el nuevo estado de cosas con el vigente en su niñez:

Yo recuerdo muy bien mi niñez. Todavía puedo recordar un tiempo en que todos aceptábamos el punto de vista pacífico del último siglo: Se daba por sentado que uno oía la voz de la razón, que era correcto y natural hacer lo que la conciencia le decía a uno que debía hacer. Que un hombre muriera en las manos de otro era un acontecimiento raro y excepcional, algo más allá de lo ordinario. Los asesinatos tenían lugar en los dramas, los periódicos y las novelas de detectives, no en la vida cotidiana. Y entonces hubo un salto de esta moderación ingenua y pla-

centera a sangre y lágrimas, a la locura en masa, y al salvajismo de una matanza legalizada y recompensada cada día, cada hora.

Fue sin duda chocante el nuevo régimen revolucionario en contraste con el optimismo del siglo XIX, con su fe en la razón, la ciencia y el progreso. La violencia, dijo Marx en una ocasión, es la comadrona del cambio social, y el nuevo régimen la usó sin miramientos siguiendo al maestro. Al hacerlo así, acabó con la "moderación ingenua y placentera" del pasado siglo. Aquí vemos planteado el problema de la relación entre los fines y los medios. Aún si concedemos a los revolucionarios que el viejo sistema era arcaico e injusto, y requería una poda violenta como medio indispensable para la consecución de la libertad del hombre ruso, debemos preguntarles si el precio que se pagó en muerte, desolación y sufrimiento humanos justificaba la obtención de ese ideal. Por otra parte, ¿hasta qué punto estaba justificada la revolución como la única solución a los problemas de un país empobrecido y atrasado? El problema es uno de índole ético y no basta con señalar que la historia ya dijo la última palabra.

La bondad o maldad de una u otra solución no depende del triunfo de una de ellas, a menos que no aceptemos que el criterio moral para juzgar un movimiento histórico es un triunfo o su derrota en el devenir de la historia. Ello sería equivalente a decir que la fuerza hace el derecho. Si, por el contrario, creemos que existen ciertos valores humanos de validez universal que trascienden las fronteras nacionales y que no están circunscritos a una época histórica en particular, sino que valen para la humanidad en cualquier sitio y en cualquier tiempo, nos veremos obligados a ordenar a los movimientos históricos a comparecer ante el tribunal de la moral humana.

De acuerdo con la novela, la desintegración del mundo tradicional por medio de la revolución trajo consigo una situación similar a la que Hobbes describió en el *Leviatán* como una guerra de todos contra todos; pues lo que para Hobbes era una pura construcción hipotética tendiente a demostrar cuál sería el estado del hombre fuera de la sociedad civil y sin el freno de la ley y el orden, es ahora presentado por Pasternak como una realidad en los días de la Revolución. Dr. Jivago retorna después de escapar de su secuestro por una banda de revolucionarios y va por su camino a través de la vía desierta del tren. Esta vez es el autor quien narra la situación diciendo: "Aquél período confirmó el antiguo proverbio 'El hombre es un lobo para el hombre'. El viajero se salía de la carretera al ver otro viajero, el forastero que encontraba otro forastero mataba por miedo de ser matado. Hubo casos aislados de canibalismo. Las leyes de la civilización humana

fueron suspendidas, la ley de la selva estaba en vigor. El hombre soñaba los sueños prehistóricos de los moradores de las cavernas". En la ausencia de la ley y el orden, cada cual se tomaba la justicia (o la injusticia) en sus manos. Los trámites rudimentarios que caracterizan toda civilización estaban ausentes y la única forma de sobrevivir era o por la maña o por la fuerza. ¿Dónde podríamos encontrar una caracterización más fidedigna de aquel famoso estado de cosas de que hablaba Hobbes, y que de acuerdo con él, consistía en que la vida era "solitaria, pobre, sucia, embrutecida y corta"?

III

Otro de los grandes problemas del mundo contemporáneo: el estado del intelectual en una sociedad totalitaria, es presentado en la novela por boca de Larisa. Ella le explica a Dr. Jivago por qué sus relaciones con su esposo fueron perdiendo espontaneidad y tornándose cada vez más forzadas y artificiales. Oigámosla:

La mayor malaventura, la raíz de todo el mal que iba a venir, fue la falta de confianza en el valor de la opinión de uno mismo. La gente se imaginó que estaba fuera de moda seguir su propio sentido moral, que todos debían cantar a coro y vivir de las nociones de otra gente. Y allí entonces surgió el poder de la frase resplandeciente, primero la Czarista, luego la revolucionaria.

"Vivir de las opiniones de otra gente" no es otra cosa que aceptar la opinión de los demás sin preguntarme si tienen sentido para mí o no. Es abandonar la vocación por excelencia del intelectual, que consiste en buscar el porqué de las cosas, para convertirse en ideólogo de un régimen político. Las palabras de Lara son una buena ilustración del dilema de los intelectuales en un régimen totalitario, donde el control sobre el pensamiento requiere la adhesión más completa a la opinión uniforme impuesta por el régimen. Efectivamente, en un país totalitario es necesario "cantar a coro" y no expresar muy vehementemente la opinión individual.

(A propósito del totalitarismo, la novela narra muchos de los fenómenos que conocemos como característicos, de este tipo de régimen. La desconfianza mutua, el uso del terror, la función de los informadores y de la policía secreta, todos esos rasgos de un régimen totalitario son mencionados en la novela.)

El problema político crucial en la novela de Pasternak es el de la velocidad relativa del cambio social e institucional y su relación con las ideas. La posición de Larisa me parece similar a la de Burke: cualquier cambio violento o derrocamiento de lo ancestral es un mal que se tornará más tarde contra los que lo perpetraron. Derrocar al viejo régimen no puede tener otra consecuencia que la anarquía. No debemos olvidar, sin embargo, que ella habla de la situación del país en el período intermedio entre la destrucción del antiguo régimen y el advenimiento al poder de los Bolcheviques. Sus palabras se refieren al período cuando la situación política no se había estabilizado aún lo suficiente como para garantizar la ley y el orden.

Contrástese esta postura con la del Tío Kolia después de convertido al Marxismo. La posición ideológica adoptada es la rigurosamente opuesta: el cambio social que trae la revolución es el anti-séptico del presente, permitiendo así que el futuro nazca saludable y vigoroso: el fin justifica los medios.

La debilidad de ambas posiciones consiste en su extremismo. La posición conservadora padece de la grave falla de alegar de que lo que es, es bueno; pasando así por alto las imperfecciones y fallas que abundan en todo sistema. Mientras el conservadorismo parece condenarnos a una perpetua sumisión a lo ancestral, el Marxismo nos invita a implantar la utopía en la tierra mediante la destrucción del viejo régimen. El cambio social es imprescindible, y a veces es necesario descartar lo arcaico y formal para bregar con lo vigoroso y vital. La ceguera del revolucionario está en su imposibilidad de ver el papel importante que juegan la costumbre, la tradición, y lo irracional en la vida de los individuos y de las naciones. Nuestros ideales siempre ven las cosas tal y como son bajo una luz desfavorable, de ahí que sea tan grande la tentación de erradicar todo lo defectuoso y esperar la llegada del milenio. Cómo lograr una síntesis feliz entre el progreso y el cambio social sigue siendo uno de los grandes problemas de la filosofía política.

IV

El último tema que he seleccionado por su gran significado político es el de la relación entre el hombre y su destino. Para ilustrar este problema escogí la vida del protagonista de la obra: El Dr. Jivago.

Yurii Alexandreivich Jivago murió de un ataque al corazón a los 40 años. Una vez que fue secuestrado por un grupo de revolucionarios no volvió a ver más a su esposa ni a los dos hijos producto de su matrimonio. De sus amores con Larisa no tuvo hijos, pero poco antes

de morir tuvo una amante llamada Marina, en quien tuvo dos. En sus últimos años de vida Jivago dejó de ejercer la medicina y se dedicó a escribir. Al final de su existencia está enfermo y ha avejentado prematuramente, pero nunca se doblega ante el nuevo régimen.

La lógica de la situación lo obliga con frecuencia a hacer cosas en contra de su voluntad, mas Jivago encuentra solaz en el gran amor de su vida: Larisa Feodorovna y en el escribir libros y poesías. Ni aun la guerra con todos sus horrores logra quebrantar su espíritu indomable. Se niega a abandonar su país como hicieron otros de su misma condición. Por eso exclama en una ocasión: "Tal parece como si viniese mal tiempo para un gran número de personas. Algunas tratan de salir, hablan de irse hacia el Sur, al Cáucaso, o más lejos aún. Yo no haría eso por mi parte. Un hombre adulto debe compartir el destino de su patria. Para mí esto es obvio".

En Dr. Jivago se agitan dos tendencias a veces contradictorias: su amor por la patria que le obliga a permanecer en Rusia, y su amor por la literatura, que trasciende las fronteras nacionales y le une con el resto de la humanidad. Decide subordinar la esfera que trasciende lo político a la política, prefiere permanecer en su país aun a riesgo de su vida, a irse para otro sitio en donde pueda escribir con mayor libertad. Si el destino lleva y trae su vida como una débil barcaza, su libertad permanece en el reino del pensamiento. Es en esta dimensión esencialmente ultrapolítica que Jivago se impone al determinismo de su destino y logra su auténtica libertad.

NOTES ON SOME POLITICAL ASPECTS OF DR. ZHIVAGO

MANUEL MALDONADO DENIS

(Abstract)

Dr. Zhivago, the great novel by Boris Pasternak, undoubtedly has certain political aspects which stand out as significant within the novel as whole. Outstanding among the political problems presented by Pasternak are the clash of ideologies between Christianity and Marxism: the relative tempo of social and political change, and the relation between man's freedom and his fate, as exemplified by Dr. Zhivago himself. Furthermore, the novel seeks to convey to us the conflict

between the artistic demands made upon Zhivago by his quest for beauty, and the political demands which he must pay attention to as a citizen of a particular country. In this case, he decides to abide by the latter, but without surrendering his freedom of thought.

It is the theses of the writer of this essay that a novel may well communicate to us—sometimes even better than a treatise on political science—certain fundamental problems concerning man and society. From this conviction he has undertaken the task of analyzing Pasternak's novel as a good example of a novel with political overtones that can be studied profitably by the student of the social sciences.